

ACTO ACADÉMICO DE APERTURA
DEL CURSO 2004-05

El arte de ordenar
las palabras y los conocimientos
Sobre la lengua general y la lengua de la ciencia

IGNACIO AHUMADA

UNIVERSIDAD DE JAÉN

2004

EL ARTE DE ORDENAR
LAS PALABRAS Y LOS CONOCIMIENTOS
SOBRE LA LENGUA GENERAL Y LA LENGUA DE LA CIENCIA

*Lección inaugural pronunciada por el
Dr. D. Ignacio Ahumada,
catedrático del Estudio,
en el acto académico celebrado
el día 8 de octubre de 2004
en el Aula Magna de la Universidad,
con ocasión de la solemne apertura del curso,
presidida por el Rector Magnífico, el Excmo. Sr.
D. Luis Parras Guijosa*

IGNACIO AHUMADA

**El arte de ordenar
las palabras y los conocimientos**
Sobre la lengua general y la lengua de la ciencia



UNIVERSIDAD DE JAÉN

2004

© Universidad de Jaén
© Ignacio Ahumada

Publicaciones de la Universidad
Secretaría General
Universidad de Jaén

Depósito Legal
J-398

Impreso por
Gráficas La Paz de Torredonjimeno, S. L.

Impreso en España

Printed in Spain

*Excelentísimo Señor Rector Magnífico,
Excelentísimos e Ilustrísimos Señores,
Ilustrísimo Claustro de Doctores,
Señoras y Señores,*

Tomamos verdadera conciencia del valor de la lengua materna, cuando nos enfrentamos a su mejor aliado: una hoja de papel en blanco que aguarda impaciente la expresión ordenada, correcta y hasta elegante de la idea que, fervientemente, deseamos hacer llegar a los demás. En ese momento nadie duda de la trascendental importancia de la lengua española en nuestras vidas y, si me apuran, nadie duda de su trascendental importancia en nuestra formación integral, esto es, en la educación obligatoria, en el bachillerato y, cuánto más, en el currículum universitario. El conocimiento, el dominio y el respeto por la propia lengua se convierten en la clave para la adquisición y el posterior aprendizaje de las demás disciplinas académicas. Esto es así en la educación obligatoria, lo sigue siendo durante el bachillerato y ni siquiera nos lo planteamos que pueda ser de otra manera en los estudios universitarios. Escribir una lengua es dominarla. Escribir una lengua supone la consumación de todos nuestros esfuerzos por ser capaces de transmitir a los demás el conocimiento que tenemos de la realidad, de una realidad que —no lo duden— sólo existe hasta en tanto somos capaces de contarla, de hacerla llegar a nuestros interlocutores. Hasta

ahora el mejor camino para lograr este objetivo no es otro que hacerlo a través de la lengua, y siempre a través de la lengua materna. De entre las destrezas que se le exigen al maestro, digo «al maestro», sólo dos de ellas se cuentan como imprescindibles: la primera, su capacidad para transmitir entusiasmo por la ciencia que cultiva; la segunda, su capacidad verbal para transmitir los conocimientos adquiridos a lo largo de tantos y tantos años de investigación y estudio.

Escribo esta primera lección del curso 2004-05 —sin olvidar su carácter academicista— pensando sobre todo en los estudiantes que llegan hoy a la Universidad. Con mis palabras sólo pretendo mostrar, sólo mostrar, que la lengua general, esto es, el bagaje lingüístico con el que llegamos al Estudio se convierte en nuestro mejor aliado, en la herramienta imprescindible para acercarse, primero, y dominar, después, la lengua de la ciencia. Nuestro conocimiento de la realidad —el saber empírico— queda atrapado por la lengua, y es la lengua la que le otorga entidad, es la lengua quien la convierte en algo real. Las cosas no existen, no tienen realidad tangible en nuestra mente, mientras no las nombremos y no conservemos memoria de ellas. Es este el único camino para dominar con la lengua la realidad que nos rodea, y la realidad que les rodea a ustedes a partir de hoy se llama Termodinámica, se llama Estadística, se llama Derecho, se llama Arte, se llama Literatura... y ha sido la Lengua la que ha permitido que estas disciplinas gocen de existencia.

Nos acercamos a estas nuevas disciplinas con los recursos que la lengua general nos otorga, pero no olvidemos que cada una de ellas posee sus propios recursos lingüísticos para nombrar las realidades con las que trabaja. A estos recursos lingüísticos para nombrar las realidades de cada disciplina se les conoce como lengua de especialidad. Las lenguas de especialidad en su conjunto son la lengua de la ciencia. Conocer y dominar la lengua de especialidad (de la Física, de la Medicina, de la

Economía...) es dominar la realidad que representa. Vuelvo a insistir: la realidad no existe en tanto no la nombramos.

Un ejemplo nos ayudará a comprender el valor que le otorgo —y deseo que ustedes conmigo— al conocimiento de la lengua materna. Charles Perrault pasó buena parte de su vida recogiendo de boca de los lugareños la tradición oral francesa. En 1697 publica su colección de cuentos *Histoires ou contes du temps passé. Contes de ma mère l'Oye*, gracias a este trabajo Caperucita Roja y su inseparable lobo, Pulgarcito, la Cenicienta y su zapatilla de cristal forman parte de nuestro pasado cultural. Quiero contarles por qué la zapatilla olvidada por Cenicienta es de cristal. En el original que el escritor francés entregó a la imprenta las zapatillas de la protagonista eran de *vair*, un determinado tipo de cuero, pero el cajista leyó *verre* 'cristal' y compuso el texto con *verre* 'cristal'. Esta es la fuerza de la palabra: con sólo *nombrar* permitimos que forme parte de la realidad lo que tal vez nunca hubiera existido.

Para argumentar la importancia de la lengua general y el interés que debemos manifestar por las lenguas de especialidad voy a partir de dos productos lingüísticos muy familiares a todos: el diccionario y la enciclopedia. El diccionario viene a estas páginas como repertorio de las voces de uso más común en una determinada comunidad. La enciclopedia lo hace —y con ella el diccionario de especialidad— como síntesis del conocimiento científico. La lexicografía, en general, es la disciplina que se ocupa de ordenar y describir el léxico que genera tanto la lengua general como las lenguas de especialidad, esto es, la lengua de la ciencia.

I. EL HOMBRE Y EL MUNDO SENSIBLE

Hasta en la cosmogonía más elemental —como pudiera ser la recreada por el escritor colombiano Gabriel García Márquez sobre el universo de Macondo— una de las primeras actividades del hombre es siempre nombrar la realidad que lo rodea:

Macondo era entonces una aldea de veinte casas de barro y cañabrava construidas a la orilla de un río de aguas diáfanas que se precipitaban por un lecho de piedras pulidas, blancas y enormes como huevos prehistóricos. El mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo (García Márquez, 1975: 7).

Cuando los españoles llegaron a América cinco siglos atrás, la realidad a la que se enfrentaban les resultó tan distinta de la que habían dejado en Castilla, en las Vascongadas o en Andalucía que para nombrarla contaron, esencialmente, con estas dos posibilidades: (a) bien aprenden de los indígenas las denominaciones autóctonas, (b) bien tratan de acomodar, cuanto se les ofrece ante sus ojos, al recuerdo de las cosas que habían dejado en España o al conocimiento que pudieran tener de otros mundos. Para el tiempo que corre, el contraste cultural con Europa no procedía de otras latitudes que no fueran África u Oriente.

Quiero mostrar, por vía de ejemplo, cada una de las oposiciones que entran en la dicotomía a la que se enfrenta el hombre cuando tiene que comunicar a sus congéneres sus sentimientos y el entorno en el que vive, porque, hasta donde alcanzan nuestras noticias, sólo la especie humana posee la suficiente capacidad intelectual para crear una lengua y fijarla por medio de un sistema de escritura.

(a) El primer americanismo del que tenemos noticia lexicográfica en España fue *canoas*.¹ C. Colón lo mencionaba en la carta fechada el 15 de febrero de 1493 y dirigida al escribano de ración de los Reyes Católicos.² Esta carta, traducida al latín, sirvió para dar a conocer a Europa que en el camino hacia las Indias se había interpuesto una realidad tan nueva, tan extraordinaria, que los intérpretes que acompañaban la expedición fueron tan inútiles en ese primer viaje como lo hubiera sido llevar como presente un ejemplar de las *Coplas* de Jorge Manrique.³ Más tarde nos llegarían voces que difícilmente hoy, por sentirlas tan nuestras, tan íntimas, tan españolas... diríamos que son americanas: *butaca, cacique, caoba, chocolate, enaguas, huracán, maíz, petaca, petate, tomate, yuca...*

(b) De la primera crónica sobre América, la que saliera de la pluma de Martín Fernández de Enciso (1469-1530), tomo el texto que nos vale para mostrar de qué modo se les ofrece la realidad del Nuevo Mundo a los primeros españoles asentados en América, en este caso a sólo cinco leguas del golfo del Darién, en la actual Panamá. Hace cinco siglos el Darién era sólo el comienzo de lo que años más tarde acabaría convirtiéndose, hacia el sur, en el Reino de Nueva Granada, hoy Colombia:

¹ Como 'navezita de un madero' lo definió Antonio de Nebrija en su *Diccionario español-latino* (c 1495).

² En el *Diario* del Almirante, por el contrario, y además de *canoas*, se localiza hasta una docena indigenismos: *ager* 'planta', *ají, cacique, canibal, caona* 'oro bajo', *caribe, cazabi* 'pan', *guanin* 'oro bajo', *hamaca, nitaino* 'noble', *nuçay* 'oro' y *tuob* 'oro bajo' (cf. Moreno de Alba, 2000: 57).

³ Los intérpretes conocían el latín, el griego, el árabe y el arameo.

En estas sierras hay mucho tigres y leones y otros diversos animales y gatos rabudos, que son como monas, sino que tienen grandes rabos; hay muchos puercos; hay unos animales tan grandes como vacas y carnudos, de color pardo, que tienen los pies y las manos como vacas, la cabeza como una mula con grandes orejas; llámánlas en aquella tierra vacas mochas. Tienen la carne muy buena de comer. Otros animales hay muchos. Yo tomé por mi ventura aquel lugar, que fue el primero que se tomó en aquella tierra; y vi todos estos animales, y díxéronme algunos que habían visto onzas; pero yo no las vi, pero vi que en un río que pasa por el lugar del Darién había muchos lagartos grandes tan gruesos en el cuerpo como un becerro; y si veían algún otro animal o perro o puerco o hombre acerca del agua salían del agua y arremetían a él, y si lo alcanzaban llevábenselo al agua y comíanselo. Yo me acerté a matar el primero que se mató, y vi que le echaron más de diez lanzas, que así como daban en él saltaban como si dieran en una peña; y después un criado mío fue por través dél y atravesóle una lanza de un golpe por medio del cuerpo y así lo matamos; y muerto y sacado a tierra hallamos que tenía por cima del lomo, que le tomaba desde el pescuezo fasta a la cola una concha que lo cubría todo, que era tan fuerte que no había lanza que la pasase; y debaxo de aquella, que era desde el medio cuerpo abaxo, facia la tripa era como otros lagartos, y por aquella parte tenía la lanza atravesada; tenía tres palmos de boca desde el hocico fasta el cabo de los dientes, tenía por cada parte dos hileras de dientes, los más fieros que jamás vimos yo ni los que conmigo estaban. Aquel se desolló y comió su carne; era blanca y gentil, olía a almizque, era buena de comer. También vi comer la carne de los tigres y de los leones, y vi algunos hombres matar solos en su cabo a leones. Los tigres son más grandes de cuerpo que los leones, y tienen muy recios brazos y mucha fuerza, pero son pesados, que corren poco y son de poco corazón (Fernández de Enciso, [1519] 1974: 273-274).

Continúa el relato M. Fernández de Enciso con la descripción de otros animales, peces, la flora de la región... Me interesa destacar aquí las voces *tigre*, *león* y *lagarto* para llamar al *jaguar*, al *puma* y al *caimán* respectivamente. El cronista nombra la realidad de acuerdo con el conocimiento que tiene de la misma.

En su conciencia un jaguar es lo más parecido a un tigre, el puma lo es al león y el caimán es antes lagarto que cocodrilo. Cuando con el paso del tiempo los europeos se familiarizaron con la fauna autóctona, las aguas vuelven a su cauce.

No ocurrió así con el nombre del armadillo. Francisco Hernández, naturalista toledano, en su *Historia natural de Nueva España* (1571-77) da por título de su descripción del animal el correspondiente nombre náhuatl: *ayotochtli*. Antes que él, Gonzalo Fernández de Oviedo (1535) lo había llamado *encubertado*, denominación esta que adoptan los portugueses; Nicolás Monardes (1574),⁴ sin embargo, propone llamarlo *armadillo*, y este fue el vocablo que aceptó el mayor número de lenguas.⁵

He hablado de cosmogonía más arriba, sin embargo los ejemplos de la realidad que presento están bien lejos de poder interpretarse como algo imaginario o justificativo de una realidad que no podemos alcanzar desde nuestra condición humana. Se trata, ni más ni menos, de la realidad de nuestro pasado más inmediato.

⁴ Gonzalo Fernández de Oviedo, *Primera parte de la Historia natural y general de las Indias*, Sevilla, 1535 y Nicolás Monardes, *Primera y Segunda y Tercera partes de la Historial medicinal de las cosas que traen de nuestras Indias Occidentales*, Sevilla, 1574.

⁵ Aún cabe otra posibilidad: nombrar la realidad recurriendo a una paráfrasis. Manuel Alvar, por ejemplo, registra en las primeras crónicas sobre América *hojas secas para tabaco* y *redes de algodón para hamaca* (Alvar, 1992: 38).

2. ORDENAR EL EGO Y ORDENAR LA REALIDAD

El hombre se diferencia del resto del mundo animal, llámese jaguar o tigre, puma o león, lagarto, caimán o cocodrilo, por su capacidad intelectual y por su capacidad para crear y desarrollar un sistema de signos por medio del cual comunicarse verbalmente con los demás. No voy a poner en duda, a estas alturas, la comunicación animal, como no deseo que se rebaje un ápice las bondades de la comunicación humana; por esto creo firmemente que es la especie humana el único grupo social de la Creación capaz de captar la realidad, aprehenderla, nombrarla y recrearla tanto en mundos reales como imaginarios, algunos de ellos tan imaginarios como generosos.⁶

La capacidad intelectual del hombre es amplia pero limitada. Las propias limitaciones le exigen medidas que debe adoptar a fuer de sus excelentes capacidades y de sus perentorias necesidades. Nuestra especie, al lado de su sobrada capacidad para la comunicación lingüística —para crear una lengua—, ha

⁶ Hasta tal punto alcanza la generosidad de nuestra especie que hace participar al resto de las especies de atributos que sólo a ella le corresponde: pienso en las fábulas de Esopo, Fedro... pienso en La Fontaine... no me olvido de nuestro Samaniego... y, en el último siglo, pienso en el pato Donald, en el perro Pluto o en el gato Doraemon. La retórica lo llama prosopopeya. Es más, en el exordio de esta lección puede leerse «una hoja de papel en blanco que aguarda impaciente...».

demostrado, además, su sorprendente capacidad para parcelar y organizar el conocimiento, esto es, los saberes que le proporciona el conocimiento de la realidad o, lo que es lo mismo, el conocimiento científico de la realidad. Por esto creo que los diccionarios y las enciclopedias son productos culturales nacidos de la necesidad: disponemos de diccionarios bilingües y plurilingües porque el carácter eminentemente social del individuo y su extremada capacidad para la comunicación así lo requiere y, por el contrario, contamos con diccionarios monolingües, esto es, de nuestra propia lengua, porque con ellos el hombre afianza la madurez cultural de la sociedad en la que vive. La enciclopedia, en fin, resume el conocimiento científico.

En los orígenes de la lexicografía se encuentran tanto los diccionarios bilingües como monolingües. El diccionario bilingüe es consecuencia de la comunicación ineludible entre culturas afines o que pretenden un grado de afinidad mayor; el diccionario monolingüe, por el contrario, lo es de su capacidad intelectual, pero, a su vez, de las propias limitaciones que el intelecto acredita.

Si contrastamos el nacimiento de la lexicografía en las culturas antiguas y en Europa, no dejara de sorprendernos cómo en las primeras, a la par que diccionarios sobre la propia lengua, esto es, diccionarios monolingües, encontramos diccionarios bilingües y plurilingües; sin embargo, en Europa, en los orígenes de la lexicografía europea, sólo nos es posible localizar diccionarios bilingües, expresión a su vez de la necesidad de suplir nuestras carencias culturales con el conocimiento consolidado por civilizaciones más antiguas que la nuestra. Para el caso de Europa nuestra dependencia de la cultura grecolatina y de la tradición judeo-cristiana:

L'Europe constitue un contre-exemple flagrant à la thèse soutenue dans cet article: pour la plupart des langues d'Europe, il est clairement établi que les dictionnaires bilingues ou plurilingues ont précédé les dictionnaires monolingues. L'antériorité des dictionnaires bilingues sur les monolingues dans le cas des langues modernes d'Europe peut s'expliquer par l'absence de textes fondateurs internes à la culture européenne, contrairement à ce que les Grecs ont eu avec Homère, les Indiens avec les Vedas, les Arabes avec le Coran, les Juifs avec la Bible, les Chinois avec le canon confucéen (Boisson/Kirtchuk/Béjoint, 1991: 284) ⁷

El diccionario es siempre anterior a la enciclopedia, como desde la perspectiva personal e íntima el ego se antepone siempre a la realidad que nos rodea. El diccionario ordena nuestro conocimiento del yo, en tanto que la enciclopedia clasifica los saberes objetivamente adquiridos. Si acudimos a nuestros orígenes, encontraremos testimonios fehacientes. La cultura griega nos ha legado como diccionarios breves repertorios que nos ayudan a interpretar los textos literarios.⁸ Nada, sin embargo, tenemos documentado sobre su labor enciclopédica.⁹ Hemos de esperar a la cultura latina, un paso más en la gestación de la cultura europea de hoy, para conocer la distinción entre el diccionario, repertorio de voces que nos permite interpretar

⁷ Los autores de este trabajo no olvidan la importancia de Antonio de Nebrija en la Europa del siglo XVI, sin embargo, cuando se ocupan de los primeros diccionarios monolingües de las lenguas modernas de Europa, una de las omisiones más graves corresponde al *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611) de Sebastián de Covarrubias.

⁸ Las *Glosas desordenadas* de Filitas de Cos (IV/III a. C.) están consideradas como el primer catálogo de voces oscuras del griego clásico (Gangutia, 2002: 5).

⁹ Para algunos estudiosos la diversidad temática del conjunto de la obra aristotélica se quiere ver como un compendio de saberes enciclopédicos. A Aristóteles «se le atribuyen más de 150 tratados, de los cuales unos 30 han llegado hasta nosotros» (Lindberg, 2002: 76).

los textos literarios antiguos, y la enciclopedia, síntesis, a modo de repertorio, del conocimiento científico. La enciclopedia es, pues, una creación genuinamente romana, consecuencia —se ha señalado en más de una ocasión— del sentido utilitarista de la Roma clásica.

A la obra enciclopédica de Catón (234-149 a. C.) —la primera en su género y perdida hoy—,¹⁰ seguiría en el tiempo Marco Terencio Varrón (116-26 a. C.), quien proclama con fe ciega su lema «palabra procede de verdad» (*verbum a veritate dictum*), esto es, si ahondamos en la palabra misma hallaremos la esencia del objeto que nombra. En la obra de Varrón alcanzamos a ver el trazado general sobre el modo en que debe organizarse el conocimiento de la realidad —el conocimiento científico— y el conocimiento lingüístico. Establece la organización del saber científico en las llamadas «nueve artes liberales»,¹¹ señala la historia y la biografía como ordenación independiente de las anteriores y alienta al estudio permanente de la lengua (cf. Rey, 1988: 80).¹² Fue, sin embargo, Plinio el Viejo (23-79 d. C.) quien consiguió legarnos la obra enciclopédica más representativa e influyente del mundo clásico: *Historia naturalis*.

En la alta Edad Media europea, y por lo que hace al saber enciclopédico en general, contamos con una obra de capital importancia en los más diferentes niveles, tanto en el cultural

¹⁰ Quiero recordar que en la educación española del siglo XIX y la primera mitad del XX el catón era el libro de iniciación a la lectura.

¹¹ Gramática, Retórica, Lógica, Aritmética, Geometría, Astrología, Música, Medicina y Arquitectura.

¹² Las primeras noticias sobre la ordenación alfabética en textos lingüísticos arranca de la obra de Verrio Flaco (1 a. C./1 d. C.), *De significatu verborum*, tratado que sólo conocemos a través del epitome que realizara Festo (II/III d. C.), «a su vez epitomizado por Paulo (VIII d. C.), obra que podría considerarse el primer diccionario latino» (Gangutia, 2002: 8). Independientemente de los aspectos estrictamente lexicográficos, en el ordenamiento del saber que propone Varrón hay todo un programa educativo sin precedentes.

como en el lingüístico y lexicográfico. Me refiero a los veinte libros que conforman la enciclopedia más famosa entre la caída del Imperio romano y la *Encyclopédie* (1751-1777) de J.-L.-R. D'Alembert y D. Diderot: las *Etymologiae* u *Orígenes* (600-630) de Isidoro de Sevilla (560-636).

Conviene, por razones que a nadie se les escapan, hacer una breve descripción del contenido de las *Etimologías* u *Orígenes*: los libros 1 al 3 encierran la instrucción básica medieval (el trivium y el quadrivium), a los que se añaden la medicina y el derecho (libros 4 y 5). La Religión abarca los libros 6 al 8. El libro 9 trata de justificar la diversidad de lenguas tras la confusión babilónica. Y, por último, el libro 10 recoge a modo de diccionario, esto es, siguiendo el orden alfabético, todas aquellas voces que no han tenido acomodo en los nueve libros precedentes ni van a encontrar su lugar en los diez libros restantes. Fundamentalmente en este libro décimo se incluyen adjetivos. Se trata de «un tipo de glosario que contiene 625 palabras que no se pueden clasificar, es decir, que no tienen clase filosófica a la que puedan pertenecer» (Cherchi, 1993: 76 y Codoñer, 2002). Los diez libros restantes describen las cosas observables: el hombre y sus objetos con la Naturaleza y sus elementos.

De las *Etimologías* se tienen localizadas, entre los siglos VIII y XV, más de mil ejemplares entre copias completas y compendios. Estas cifras nos pueden dar una idea de la importancia y difusión de esta obra a lo largo de toda la Edad Media. Por lo que hace a la lexicografía, he de señalar que para los expertos en diccionarios latinos medievales la obra de Isidoro de Sevilla constituye la fuente primordial de los diccionarios latinos que se redactaron en la baja Edad Media: «et sera langement exploité dans les siècles que suivent por les auteurs de glossaires alphabétiques».¹³ Es más, según el profesor Díaz y Díaz, el *Liber glossarum* o *Glosario* de Ansileubo, probablemente del siglo VIII, tiene como

¹³ L. Holtz, *Glossaires*, 20, apud Turza, 1997: 26.

primordial fuente léxica la enciclopedia isidoriana (Díaz, 1978: 8, apud Turza, 1997: 26).¹⁴

Isidoro de Sevilla consigue reunir, de un lado —y en sólo una obra—, diccionario y enciclopedia; y de otro, logra fundir en perfecta simbiosis la cultura grecolatina con la tradición judeo-cristiana.

Si volvemos ahora al texto de M. Fernández de Enciso y lo tomamos como base para distinguir entre diccionario y enciclopedia, debemos decir que las voces *jaguar* y *tigre*, *puma* y *león*, *caimán* y *lagarto*, junto a *armadillo*, pasarían a formar parte de un diccionario; el acto de poblar la sierra del Darién, por el contrario, la descripción exhaustiva del caimán, su comportamiento, el modo de reproducirse y la muerte del animal de una lanzada en el pecho —aunque esto último sea pura anécdota— serían los conocimientos que volcaríamos en una enciclopedia. Dicho de otra manera: el diccionario se ocupa de las palabras, del saber lingüístico, en tanto que la enciclopedia se ocupa de las cosas, del saber enciclopédico. Las palabras representan a la realidad, pero no olvidemos que no son la realidad misma; el intelecto y la tradición cultural de un pueblo configuran las palabras y las dotan de sentimientos y vivencias, de espíritu, lo que hemos dado en llamar el significado. Lo hace de tal manera que la lengua es la esencia misma de un pueblo y su principal seña de identidad. La realidad, el mundo sensible, es nuestro entorno sujeto a la disección objetiva de la ciencia, es, en definitiva, el mundo de las cosas. Hay una diferencia muy notable, y por notable irrenunciable a ella, entre el mundo de las palabras y el mundo de los objetos.¹⁵

¹⁴ Al decir de Roger Wright son múltiples las fuentes de los glosarios medievales. La transmisión de voces de unos glosarios a otros es, al día de hoy, un problema apenas en vías de solución (Wright, 2002: 2421).

¹⁵ Las enciclopedias no fueron simples manuales de divulgación científica. Hasta bien entrada la Edad Moderna, en buena medida, fueron los únicos tratados sobre ciencia. Nicolás Copérnico (1473-1543), por ejemplo,

2.1. *El orden interno de diccionarios y enciclopedias*

La tradición clásica y medieval, como hemos visto, nos ha legado dos productos culturales diferentes para ordenar el saber lingüístico, de una parte, y el saber enciclopédico, de otra. Al primero de ellos lo llamamos diccionario, al segundo, enciclopedia. Y a la vez no ha legado dos modos de ordenar internamente las palabras y los conocimientos: el orden alfabético y el orden analógico.

El orden alfabético va ligado por tradición a toda obra lexicográfica, a todo conjunto ordenado de palabras de una lengua; el orden analógico, o temático, se vincula, por el contrario, directamente a una enciclopedia.¹⁶

Cronológicamente el orden analógico o temático es mucho más antiguo que el orden alfabético. Respetaremos la tradición en la exposición sobre el desarrollo histórico de ambos modelos de ordenación.

2.1.1. El orden analógico

Las primeras listas de palabras de una lengua, es decir, los primeros vocabularios o incipientes diccionarios se agrupan en función de las cosas designadas, en función del objeto o universo material al que se refiere. Así es como se nos presentan organizados los pequeños glosarios, tanto monolingües como bilingües, de las escuelas de escribas en la antigua Babilonia (2600 a. C.).

citó al erudito latino Marciano Capella (v d. C.) en apoyo de sus teorías. Y nuestro Cristóbal Colón empleó los datos que daba Posidonio (1 a. C.), basados en la *Geografía* de Tolomeo (11 d. C.), para calcular la distancia entre España y las Indias (cf. Lindberg, 2002: 185 y 195).

¹⁶ En metalexigrafía, la disciplina lingüística que se ocupa del estudio de los diccionarios, se habla de ordenación onomasiológica (orden temático) y de ordenación semasiológica (orden alfabético).

Los textos ugaríticos (1400-1300 a. C.), precedentes que fueron de la lexicografía griega, presentan una ordenación muy similar. La llamada «*ciencia de las listas*, basada en un embrión de agrupación semántica, constituye una técnica lexicográfica que subsistirá durante siglos» (Gangutia, 2002: 5).

Tanto es esto así, que los estudiosos del griego clásico llaman *Glosas desordenadas* de Filitas de Cos (IV-III a. C.) al primer catálogo de voces oscuras en esta lengua. En las glosas interlineadas o marginales a los textos literarios, como es bien sabido, está el origen de la lexicografía monolingüe.

No contamos con argumentos suficientes para decir que en la época helenística se practicara un incipiente orden alfabético para la ordenación de palabras. La catalogación temática de voces, si bien es la más antigua conocida, no es hoy la de mayor empleo, lo que no significa que haya sido completamente abandonada, como más adelante veremos.

La tradición medieval latina continúa empleando la ordenación analógica, aun aplicándose ya con cierta rigurosidad el orden alfabético. Llamamos *nominalia* a los catálogos medievales de voces latinas ordenadas temáticamente. Estos repertorios tenían una orientación claramente pedagógica. De aquí que, bajo la denominación de *nomenclaturas* (nomencladores), estas agrupaciones se emplearan, durante el Renacimiento europeo, para la enseñanza de las diferentes lenguas modernas de Europa.¹⁷

La Europa del siglo XVI había apostado decididamente por un renacimiento no sólo en el ámbito de la humanidades, sino también en el prometedor panorama de las ciencias experimentales. Buena prueba de ello nos la da también la lexico-

¹⁷ Se trata de simples listas de palabras con la correspondiente equivalencia en una o en varias lenguas. La obra más difundida fue la de Hadrianus Junius, *Nomenclator omnium rerum propria nomina variis linguis explicata indicans* [fr., al., it., ingl., fr., flam. y esp.], Amberes, 1567.

grafía como testigo de esos acontecimientos. En el siglo XVI nace la lexicografía de las lenguas de especialidad, esto es, de las distintas disciplinas científicas y técnicas. Para la lexicografía de las lenguas modernas de Europa, el primer diccionario de especialidad data de 1527, su autor fue John Rastell y se trata de un glosario de términos jurídicos (Hoof, 1994: 67). Para el español, por el contrario, habría que esperar al menos una década. Nuestros primeros diccionarios de especialidad son vocabularios marítimos —ya manuscritos ya editados— que se fechan entre 1538 y 1600 (cf. Ahumada, 2000: 89). El conocimiento científico necesitaba, cada vez con mayor justificación, de cauces de expresión y de modos más eficaces para difundir los nuevos descubrimientos.¹⁸ Las ciencias y las artes encuentran el camino en los diccionarios de especialidad. Con los diccionarios de especialidad el orden alfabético entra a clasificar las diferentes voces técnicas (tecnicismos) con que se maneja una disciplina. La necesidad de redactar diccionarios de especialidad, de transmitir el conocimiento científico, expresa la madurez del saber científico y el interés general de la sociedad renacentista por la ciencia, la técnica (las artes) y los oficios, los tres grandes grupos de actividades humanas que conforman las llamadas lenguas de especialidad. Desde el Renacimiento a hoy no contamos con disciplina que se precie que no disponga de un repertorio donde se recojan todos y cada uno de los términos que emplea en la descripción científica.

Con el Renacimiento el orden alfabético se impone sobre cualquier otro tipo de clasificación lingüística. Apenas tendremos que esperar un siglo para asistir a la imposición silenciosa del orden alfabético hasta en las mismas enciclopedias (Foucault, 1999: 45): Louis Moréri da a la luz en 1674 su *Grand dictionnaire*

¹⁸ El Nuevo Mundo dio lugar a un desarrollo sin precedentes de la náutica en España. A la par que se crearon cátedras de Cosmografía y Arte de Navegar se publicaron más de una decena de tratados sobre la especialidad en algo más de medio siglo (cf. Mancho, 2001).

historique,¹⁹ la enciclopedia del Antiguo Régimen más influyente en Europa hasta la dirigida por Jean Le Rond D'Alembert y Denis Diderot (1751-77).²⁰

Tendremos que esperar al siglo XIX para asistir a una revitalización del orden analógico. Me refiero al importante desarrollo que adquiere en este siglo y en el siguiente los llamados diccionarios ideológicos, cuyo precursor fue el *Thesaurus* (1852) inglés de Peter Mark Roget. En España, donde José Ruiz León y Eduardo Benot redactaron sendos diccionarios, se despertó el interés por la clasificación ideológica de las palabras. Se llegó incluso a proponer desdiccionarizar el idioma, esto es, no clasificarlo según el manido orden alfabético:

Estará, si se quiere, casi inventariado el castellano; pero con el mismo abandono que los simples y los compuestos en droguería o botica, muy a gusto y para comodidad del mancebo o regente, pero sin ningún intento de clasificación racional. Es necesario, es indispensable *desdiccionarizar* ahora el idioma, consiéntase esta horrible palabra, pero es la única que encuentro capaz de descubrir de una vez todo mi actual propósito.

Nada hay en la naturaleza que no pueda sujetarse a cierto orden; no hay ser alguno tan aislado y solitario, que no tenga puntos de conexión y afinidad con otros seres... (Cutanda, 1869: 12).

Francisco Cutanda presentó ante la Real Academia de la Lengua su propuesta de clasificación ideológica de los verbos

¹⁹ Louis Moréri, *Grand Dictionnaire historique, ou le mélange curieux de l'histoire sacrée et profane*, Lyon, 1674. La obra no se traduciría al español hasta casi un siglo más tarde: L. Moréri, *Gran diccionario histórico*, trad. José Miravel y Casadevante, 10 vols., París, 1753.

²⁰ [Jean Le Rond D'Alembert et Denis Diderot, dirs.], *Encyclopédie, ou Dictionnaire raisonné des sciences des arts et des métiers*, par une Société de Gens de Lettres. Mis in ordre et publié par M. Diderot, de l'Académie Royale des Sciences et des Belles-Lettres de Prusse; et quant à la partie Mathématique, par M. D'Alembert, de le Académie Royale des Sciences de Paris, de celle de Prusse, et de la Société Royale de Londres, 33 vols. à Paris, Chez Briasson, David, Le Breton et Durand, 1751-77.

radicales del español. Parte en su ensayo F. Cutanda de unos ochocientos verbos primitivos.

El intento más afortunado de clasificación ideológica se lo debemos a Julio Casares. El subtítulo de su diccionario es lo suficientemente expresivo como para darnos una idea de cómo es el diccionario ideológico el tipo de repertorio en el que han venido a confluír los dos modos de ordenar las palabras de una lengua, esto es, la clasificación semántica y la alfabética. Bajo el título de *Diccionario ideológico de la lengua española* leemos «Desde la idea a la palabra, desde la palabra a la idea». Un diccionario ideológico consta, al menos, de dos partes. Una primera, llamada analógica, en donde se clasifica el léxico de una lengua a partir, esencialmente, de los sustantivos; y una segunda, llamada alfabética, en la que se recogen, con definición lexicográfica, todas las voces de la clasificación analógica.²¹

2.1.2. El orden alfabético

Poco más nos queda que decir, al referirnos ahora al orden alfabético o según la forma en exclusividad, ya que se ha hecho inevitable su mención constante a la hora de ocuparnos de la clasificación temática. Sin embargo, señalaremos los grandes hitos de su extraordinario desarrollo y de su pausada y silenciosa implantación.

El paso decisivo nos llega con la creación de la escritura alfabética (Grecia, IX a. C.), sistema de representación gráfica en el que cada letra se corresponde con un sonido. Se trata de un sistema mucho más avanzado que el representado por la

²¹ De calidad indiscutible lo es también el *Diccionario ideológico de la lengua española* (1995), publicado por la editorial Vox bajo la dirección de Manuel Alvar Ezquerro, sin embargo sus pretensiones son de menor alcance. En tanto J. Casares parte para su clasificación del léxico del diccionario general, M. Alvar Ezquerro lo hace del diccionario manual, no obstante su diccionario va dirigido a un público estudiantil.

escritura silábica o por ideogramas, muy anteriores en el tiempo. Las letras del alfabeto ático, ya en el siglo IV a. C., llegaron a emplearse como unidades numéricas. Valga como ejemplo más representativo la arbitraria división de los grandes poemas homéricos en veinticuatro cantos cada uno atendiendo a las veinticuatro letras del alfabeto: las mayúsculas para la *Ilíada*, las minúsculas para la *Odisea*.²²

Elvira Gangutia quiere ver en las *Glosas poéticas* del papiro greco-egipcio de Hibeh, perteneciente al siglo III a. C., entre las varias clasificaciones de glosas que contiene, quiere ver, digo, «en algún caso un intento de agrupación alfabética» (Gangutia, 2002: 6).

Las primeras noticias sobre la ordenación alfabética en textos lingüísticos arranca de la obra de Verrio Flaco (I a. C./I d. C.) *De significatu verborum*, tratado que sólo conocemos a través del epitome que realizara Festo (II/III d. C.), «a su vez epitomizado por Paulo (VIII d. C.), obra que podría considerarse el primer diccionario latino» (Gangutia, 2002: 8).

No voy a insistir más en ello, pero debo recordar que Isidoro de Sevilla en sus *Etimologías* u *Orígenes* incluye como libro X un repertorio de 625 voces latinas ordenadas alfabéticamente.

En la tradición lexicográfica del español la clasificación alfabética de las unidades de nuestra lengua es un hecho desde los mismos orígenes, aunque se presentaran ciertas dificultades en los primeros glosarios latino-españoles (ss. XIV-XV) y, de forma accidental, en otros repertorios de la primera época de nuestra lengua.

Del empleo del orden alfabético en nuestros diccionarios, tal vez el hecho más destacable pueda ser la decisión de la Real Academia Española, a comienzos del siglo XIX, de otorgarles a los dígrafos *ch* y *ll* el estatuto de letras independientes, decisión

²² La división vino de la mano del erudito Zenódoto de Éfeso (fl. 325 a. C.).

«13. *De numeris Geometriae.*— Numerus autem secundum Geometriam ita quaeris. Extrema quippe eius multiplicata tantum faciunt, quantum et media duplicata: utputa VI et XII multiplicata faciunt septuagies dipondius, media VIII et IX multiplicata tantundem faciunt. 14. *Expositio figurarum infra scriptarum*».

San Isidoro de Sevilla, Etimologías, I, ed. bilingüe preparada por J. Oroz Reta y M.-A Marcos Casquero, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2000, p. 440. Esta edición «reproduce el texto latino preparado por el profesor Wallace M. Lindsay y publicado dentro de la Scriptorum Classicorum Bibliotheca Oxoniensis en el año 1911»).

^{h. l. p. m. d. c. p. r. e.} ^{h. l. p. m. d. c. p. r. e.} ⁷²
 que curus usatum. Humde nce
 legi ab sacro do ab ipse dñs ad pto.
 loquens dicit. ^{malis} ^{quod} ^{facit} ^{nos} ^{quod} ^{facit} ^{nos}
 fuerit. ^{quod} ^{facit} ^{nos} ^{quod} ^{facit} ^{nos}
 ece. Ego autem ^{quod} ^{facit} ^{nos} ^{quod} ^{facit} ^{nos}
 cio. ^{quod} ^{facit} ^{nos} ^{quod} ^{facit} ^{nos}
 atoris pte op au lñi n uo. ^{quod} ^{facit} ^{nos} ^{quod} ^{facit} ^{nos}
 era dñs orun ab uobis. ^{quod} ^{facit} ^{nos} ^{quod} ^{facit} ^{nos}
 onbu uo liben est audire. ^{quod} ^{facit} ^{nos} ^{quod} ^{facit} ^{nos}
 ca mus & nobis conceda uobiscu.
 Implere posse quod dicitur.
 Ad uobis edno nro lñi pto cui era
 honor & impo rñ cum pte & spu
 sco In scia setor. ^{quod} ^{facit} ^{nos} ^{quod} ^{facit} ^{nos}
Psci d. G. u. s. q. i. h. i. p. s. e. p. i.
 Primum quidam. dicit nobis uadi.

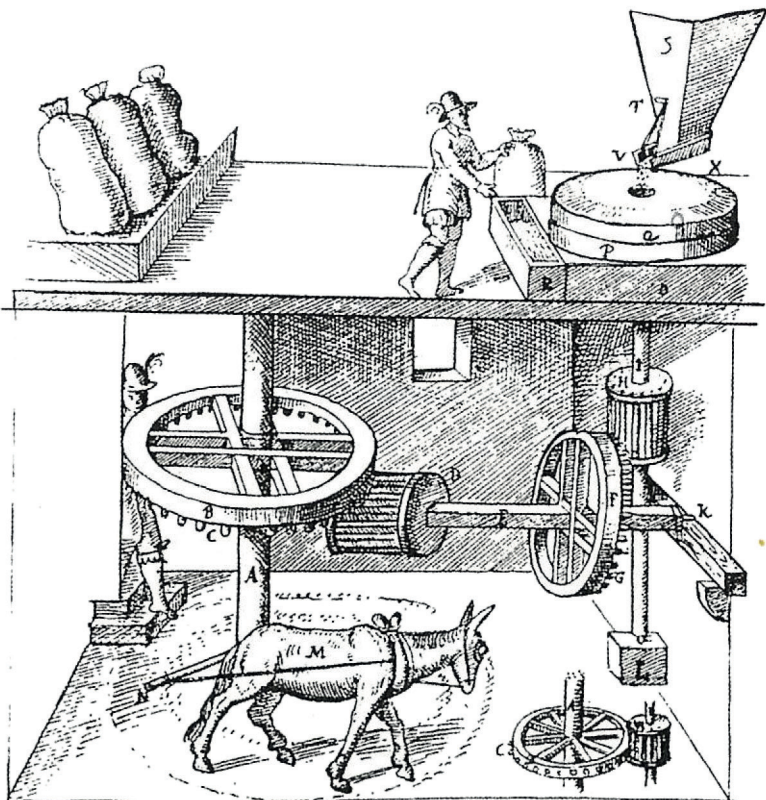
locustago
 no licet
 Conou...
 equo...
 sub...
 q...
 a...
 m...
 p...
 m...
 q...
 q...

*Glosas interlineadas y marginales castellanas, siglo X, en el
Códice Emilianense 60, folio 72, conservado en la Biblioteca de
la Real Academia de la Historia. Madrid.*

*Apud César Hernández Alonso, José Fradejas Lebrero, Gonzalo Martínez
Díez y José Manuel Ruiz Asencio, Las glosas emilianenses y silenses,
edición crítica y facsímil, Burgos, Excmo. Ayuntamiento de Burgos, 1993.*



El conocimiento que sobre la astronomía se tenía en la Europa occidental, durante la alta Edad Media, procedía de las enciclopedias de Plinio, Marciano Capella o Isidoro de Sevilla. La aportación árabe, a través de la Escuela de Traductores de Toledo y de la labor de Alfonso el Sabio, fue fundamental para su desarrollo. La ilustración representa el astrolabio de Alfonso el Sabio, impulsor que fue de la redacción del libro Saber de Astronomía (1276). Museo Naval. Madrid.



*F. Sic es Molino de Taormo o de Sangre como el qual se llama el qual molino se
 llama el animal de mado que la A. es el mastil de la rueda. B. que tiene los cables
 C. los que se cubren la rueda. D. que es el que tiene la rueda. E. y su cascabel
 son. G. que mueven la linterna. H. y su mastil es de yerro que es. I. que mueven la rueda. J.
 que es el que mueve la rueda. K. que es el que mueve la rueda. L. que es el que mueve la rueda. M. que es el que mueve la rueda. N. que es el que mueve la rueda. O. que es el que mueve la rueda. P. que es el que mueve la rueda. Q. que es el que mueve la rueda. R. que es el que mueve la rueda. S. que es el que mueve la rueda. T. que es el que mueve la rueda. U. que es el que mueve la rueda. V. que es el que mueve la rueda. X. que es el que mueve la rueda. Y. que es el que mueve la rueda. Z. que es el que mueve la rueda.*

Molino.— *Pseudo Juanelo Turriano*, Los veintiún libros de los ingenios y máquinas [ms. s. XVI], XI, *Madrid, Fundación Juanelo Turriano*, 1996.

Apud *M.^a-J. Mancho Duque (ed.)* y *C. Blas Nistal (coord.)*: Pórtico a la ciencia y a la técnica del Renacimiento, *Salamanca, Junta de Castilla y León-Universidad de Salamanca*, 2001, p. 350.

DICCIONARIO

DE LA LENGUA CASTELLANA,
EN QUE SE EXPLICA

EL VERDADERO SENTIDO DE LAS VOCES,
SU NATURALEZA Y CALIDAD,

CON LAS PHRASES O MODOS DE HABLAR,
LOS PROVERBIOS O REFRANES,

Y OTRAS COSAS CONVENIENTES

AL USO DE LA LENGUA.

DEDICADO

AL REY NUESTRO SEÑOR

DON PHELIPE V.

(QUE DIOS GUARDE)

A CUYAS REALES EXPENSAS SE HACE
esta obra.

COMPUESTO

POR LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

TOMO PRIMERO.

QUE CONTIENE LAS LETRAS A.B.

CON PRIVILEGIO.

EN MADRID: EN LA IMPRENTA DE FRANCISCO DEL HIERRO, Impresor de la Real
Academia Española. Año de 1726.

Portada del primer diccionario académico: Real Academia Española, Diccionario de la lengua castellana, 6 vols., Madrid, Imprenta de Francisco del Hierro, 1726-39.

ENCYCLOPÉDIE,
O U
DICTIONNAIRE RAISONNÉ
DES SCIENCES,
DES ARTS ET DES MÉTIERS,
PAR UNE SOCIÉTÉ DE GENS DE LETTRES.

Mis en ordre & publié par M. *DIDEROT*, de l'Académie Royale des Sciences & des Belles-Lettres de Prusse; & quant à la PARTIE MATHÉMATIQUE, par M. *D'ALEMBERT*, de l'Académie Royale des Sciences de Paris, de celle de Prusse, & de la Société Royale de Londres.

*Tantum series juncturaque pollet,
Tantum de medio sumptis accedit honoris!* HORAT.

TOME PREMIER.



A PARIS,

Chez {
BRIASSON, *rue Saint Jacques, à la Science.*
DAVID l'aîné, *rue Saint Jacques, à la Plume d'or.*
LE BRETON, *Imprimeur ordinaire du Roy, rue de la Harpe.*
DURAND, *rue Saint Jacques, à Saint Landry, & au Griffon.*

M. DCC. LI.

AVEC APPROBATION ET PRIVILEGE DU ROY.

[Jean Le Rond D'Alembert et Denis Diderot, dirs.], Encyclopédie, ou Dictionnaire raisonné des sciences des arts et des métiers, par une Société de Gens de Lettres. Mis in ordre et publié par M. Diderot, de l'Académie Royale des Sciences et des Belles- Lettres de Prusse; et quant à la partie Mathématique, par M. D'Alembert, de le Académie Royale des Sciences de Paris, de celle de Prusse, et de la Société Royale de Londres, 33 vols. à Paris, Chez Briasson, David, Le Breton et Durand, 1751-77.

que nos aleja del alfabeto latino universal. Tan original como injustificada postura corre en la historia de nuestros diccionarios entre 1803, año de publicación de la cuarta edición del *Diccionario* académico, y 1992, año de la vigésima primera edición. Esto no significó, como resultará evidente, que parte de la comunidad científica hispánica aceptase el nuevo orden. Rufino José Cuervo (1874) desde América y Ramón Menéndez Pidal (1945) desde España, por citar sólo los dos ejemplos más señeros, mostraron su desacuerdo con esta medida. Hubo, parejamente, lexicógrafos que tampoco aceptaron la normativa académica y siguieron manteniendo el orden alfabético internacional. Baste citar, como en el caso anterior, dos ejemplos: el prestigioso *Diccionario de uso del español* (1966-67) de María Moliner y toda familia de diccionarios VOX desde 1990.

Sin lugar a dudas, ya sea siguiendo el alfabeto latino universal ya el autóctono, la clasificación de las voces de una lengua siguiendo el abecé aporta resultados prácticos incuestionables, tanto es así que toda obra que se nos presente organizada por el orden abecedario nadie duda en titularla diccionario cuando en realidad no lo es. Diccionario, en sus orígenes, es la relación ordenada, ideológica o alfabéticamente, de las voces de una lengua. Toda disciplina o asunto que se difunda a través del orden alfabético ha pasado a denominarse diccionario. Las diferentes ciencias se daban a conocer a través de sus respectivos tratados. Cuando la ciencia interesó desde el punto de vista social y cultural, esto es, con el Renacimiento europeo, nacieron los diccionarios de lenguas de especialidad —como hemos visto—; y ya en el Barroco las enciclopedias mismas organizaron alfabéticamente el conjunto del conocimiento humano.

El lexicólogo y lexicógrafo francés Alain Rey presenta de manera lacónica, pero sobradamente elocuente, lo que hasta aquí hemos tratado acerca del orden alfabético y su aceptación generalizada como criterio incuestionable de clasificación:

L'ordre alphabétique, en particulier, symbole même du *dictionnaire* pour l'immense majorité des lecteurs, ne peut devoir son succès qu'à son efficacité pratique, puisque son absurdité conceptuelle et linguistique est universellement reconnue (Rey, 1977: 20).²³

²³ Aún se conocen otros tres modos de ordenar las palabras, y con ellas el conocimiento, a saber: (a) orden etimológico —según su origen—, (b) orden estadístico —según la frecuencia de uso— y (c) orden rimario —según la rima: asonante y consonante.

3. LA LENGUA GENERAL Y LA LENGUA DE LA CIENCIA

Hemos podido ver que en las lenguas modernas de Europa, al contrario de lo que ocurriera en las lenguas clásicas, los primeros repertorios fueron diccionarios bilingües o pluri-lingües; en un principio, con el latín —no en vano se trataba de la lengua culta por excelencia—; mas tarde, con las demás lenguas europeas, semíticas, del tronco árabe, indoamericanas, orientales... —un fenómeno propiciado por el comercio y el espíritu renacentista de la comunicación entre los pueblos—. Corrían los siglos XV y XVI.

¿Cuándo, por el contrario, las lenguas modernas de Europa —el italiano, el francés, el español, el inglés...— deciden acometer la empresa de redactar un diccionario de la propia lengua e iniciar con ello el primer inventario de las voces más comunes a todos los individuos de una nación o territorio? Por muy extraño que pueda parecernos, esto ocurre después que se ha compartido una literatura común y se ha asumido que ese pasado literario forma parte de nuestro pasado histórico. ¿Cómo, pues, si la literatura es en esencia ficción, pura ficción, puede aunar voluntades y despertar conciencia de nación? La literatura es la expresión escrita del pasado de una comunidad, la expresión escrita de su historia, de sus leyes, de sus juegos poéticos, de su tradición oral, de su geografía, de sus costumbres, de su vida misma... todo ello hecho realidad por una lengua

común: el castellano para Castilla, el toscano para la Toscana, la lengua d'oil para el norte francés... y así sucesivamente. Pero el proceso ha sido largo, muy largo, ha sido, como en muchas otras cosas, cuestión de tiempo... y el tiempo acabaría convirtiendo el castellano en español, el toscano en italiano, la lengua d'oil en francés... y así sucesivamente.

3.1. *La lengua general y el diccionario*

En el ámbito de las lenguas europeas de nuestro entorno, y con antelación a los diccionarios generales redactados por las academias de la lengua, siempre será factible localizar algún vocabulario, léxico o diccionario pretendidamente general.²⁴ Sin embargo, la primera recogida sistemática de voces para la redacción de un diccionario general, bien del italiano bien del español, no sucederá hasta la creación de las respectivas academias de la lengua. El fenómeno, en el tiempo, ocurre antes en Italia y Francia que en España. Juega un papel clave en estos acontecimientos lo que se denomina «la cuestión o el problema de la lengua», esto es, el papel emergente que adquieren las lenguas modernas de Europa —muy especialmente a partir del

²⁴ Claude Boisson, Pablo Kirtchuk y Henri Béjoint citan como primer diccionario monolingüe, no sin ciertas reservas, el repertorio alemán *Der betler orden* (1509), al que se añade *A Table Alphabeticall of hard usuall English Wordes* (1604), en el caso de la lengua inglesa, y el *Thresor de la langue françoysse, tant ancienne que moderne* (1606) para el francés. Con respecto a estos dos últimos repertorios, que mantienen con S. de Covarrubias el interés por la etimología, debe tenerse en cuenta que la obra de R. Cawdrey (1604) se ocupa sólo de los préstamos del inglés, en tanto el *Thresor* (1606) de J. Nicot está reputado antes como diccionario semibilingüe que como diccionario monolingüe (cf. Ahumada, 2000: x). El repertorio alemán de 1509 no es más que un breve vocabulario del habla popular y de germanía. En efecto, estamos ante lexicografía monolingüe, pero no ante verdaderos diccionarios de lengua.

siglo XVI— frente a la etapa de decadencia del latín como lengua culta, y por ende como lengua de la ciencia.²⁵

Las academias de la lengua nacen, por tanto, tras una etapa de esplendor literario y con el fin de fijar un modelo de lengua literaria. Como no podía ser de otra manera, su origen radica en Florencia, en la cuna del Renacimiento y del Humanismo europeos. La capital de la Toscana había asistido en los siglos inmediatamente anteriores a un movimiento literario en lengua vernácula sin precedentes: Dante, Petrarca y Boccaccio, como máximos representantes. En 1582 se funda en esta ciudad la *Accademia della Crusca*. Treinta años más tarde, esto es, en 1612 se publica el *Vocabolario degli Accademici della Crusca*, el primer diccionario general del italiano basado en los textos literarios de su etapa áurea.²⁶ Francia seguirá sus pasos años más tarde e imitará el modelo florentino. Se crea la *Académie Française*, primero como cenáculo literario (1626) y después con sanción real (1635) y parlamentaria (1637); mas, al contrario que en Florencia, el modelo de lengua literaria la establecen los académicos franceses a partir de su propia competencia lingüística:

En el estado en que se encuentra hoy la lengua francesa es como ha sido compuesto este diccionario; y para representarla en este mismo estado, la Academia juzgó que no debía incluir en él las palabras antiguas que están enteramente en desuso, ni los términos de las artes y las ciencias que entran rara vez en el discurso; se ha limitado a la lengua común, tal como se usa en el comercio ordinario de las gentes de bien, y como los oradores y poetas la emplean; lo que abarca todo cuanto puede servir a la nobleza y a la elegancia del discurso (*DAF*, 1694: pról.).

²⁵ Debo recordar las figuras de Alfonso X el Sabio (1221-84) para España y Dante Alighieri (1265-1321) para Italia. El papel de ambos en la consolidación de los respectivos idiomas nacionales —el español, castellano entonces, y el italiano, toscano entonces— nunca será suficientemente destacado.

²⁶ [Accademici della Crusca,] *Vocabolario degli Accademici della Crusca*, Venezia, Giovanni Alberti, 1612.

Hasta 1694 no aparecerá la primera edición del diccionario oficial del francés.²⁷ A lo largo del siglo todo habían sido idas y venidas para la lexicografía privada gala, puesto que el cardenal Richelieu había prohibido que en Francia se publicara y vendiera otro diccionario que no fuese el académico.²⁸

Las actividades de la Real Academia Española, cuya fundación data de 1713, se fueron ampliando, con el paso de los años, a otros aspectos del español (la ortografía y la gramática), sin embargo no hubo otra causa, en el germen de su fundación, que la redacción de un diccionario que situara nuestra lengua entre las de Europa que ya contaban con un repertorio propio de su tiempo y de su inmediato pasado literario.²⁹ De auténtica proeza ha calificado la historia el denodado esfuerzo de los primeros académicos. En tan sólo veintiséis años lograron levantar el primer monumento firme de nuestra lengua: el *Diccionario de la lengua castellana* (1726-39), más conocido como *Diccionario de autoridades*, «de autoridades» porque, al modo de la Academia florentina, documentaba todas las entradas de su repertorio en

²⁷ [Académie Française,] *Dictionnaire de l'Académie Française*, Paris, Chez le Veuve Jean Baptiste Coignard, 1694.

²⁸ La demora de los académicos en dar a la luz el diccionario oficial dio lugar a que la iniciativa privada emprendiera la redacción de los primeros diccionarios monolingües del francés: César-Pierre Richelet, *Dictionnaire françois contenant les mots et les choses* (Genève, 1680) y Antoine Furetière, *Dictionnaire universel, contenant généralement tous les mots français tant vieux que modernes et les termes des sciences et des arts* (La Haye, 1690). En ambos repertorios se contempla la lengua francesa con muchísima más generosidad que en el diccionario académico. Para la lexicografía extraacadémica era preciso redactar diccionarios que contrarrestaran el presumible poder que el diccionario oficial pudiera llegar a tener. Tanto es así que el enciclopedismo es una de las notas más características de estos dos repertorios. Debo señalar que el *Thresor de la langue françoise* (Paris, 1606), de Jean Nicot, está considerado —como señalo más arriba— como diccionario semi-bilingüe (vid. Quemada/Pruvost, 1998).

²⁹ En 1712, además del precedente italiano y francés, se había publicado el *Vocabulario portugués e latino* de Raphael Bluteau.

textos literarios, en textos literarios que recorrían la historia del español desde el siglo XII —ahí estaban, por ejemplo, las *Partidas* de Alfonso el Sabio— hasta los albores del siglo XVIII, si bien se centraron fundamentalmente en la literatura de nuestro Siglo de Oro, porque el modelo de lengua literaria que proponían entonces coincidía plenamente con la serenidad poética de Garcilaso y Herrera, con la prosa discreta de Cervantes, con la fuerza verbal del teatro de Lope, etc., etc.

Las innovaciones del primer diccionario académico, frente a sus homólogos europeos, no se cierran sólo con la incorporación de textos de la literatura medieval. De la misma manera que nuestros académicos aceptan el planteamiento francés de no incluir «los términos de las artes y las ciencias que entran rara vez en el discurso», esto es, los términos científicos; optan por incluir en su diccionario «las voces peculiares y propias que se usan frecuentemente en Aragón, Andalucía, Asturias, Murcia, etc.» (DA, 1726: v). Una decisión como esta supera con creces todas las expectativas. Con razón decía José Ortega y Gasset que la Academia Española era la menos academicista de todas las academias: un modelo de lengua literaria no puede jamás contemplar las variedades dialectales. En el caso de nuestra lengua es un hecho. La justificación no es otra que ese perfecto equilibrio que nuestra literatura ha sabido siempre mantener entre lengua popular y lengua literaria. Quiero mencionar sólo lo más señero: *La Celestina*, *La Lozana andaluza*, las *Aventuras y desventuras de Lázaro de Tormes*, la siempre modélica prosa de Cervantes, la acerada ironía de Quevedo, etc., etc.³⁰

³⁰ El reconocimiento de las variedades del español en *Autoridades* hace que la misma Academia incumpla el precepto que exige a todas las voces para entrar en el diccionario: su empleo literario; sin embargo, contamos con no pocos dialectalismos o regionalismos que se autorizan con una cita. Valga como ejemplo el caso de los 202 andalucismos que aparecen en el primer diccionario académico: casi una cuarta parte de los mismos cuentan con el aval literario exigido (cf. Ahumada, 2003).

El diccionario académico o *DRAE*,³¹ cuyo origen está en el *Diccionario de autoridades*, ha sido desde su publicación, y salvo honrosas excepciones, el modelo por excelencia de la lexicografía hispánica. Tan denostado por algunos como alabado por la mayoría el *DRAE* se ha constituido, tras casi tres siglos de historia, en el diccionario más representativo de nuestra lengua, no ya de nuestra lengua literaria, como lo fuera en un principio, si no de la lengua general y culta de todos los hispanohablantes.

3.2. *La lengua de la ciencia y el diccionario*

He querido destacar más arriba la actitud de la *Académie Française* frente a las voces de las ciencias y las artes para fundamentar el comienzo de mis consideraciones sobre la lengua de la ciencia. La Real Academia Española, deudora de la francesa en este principio, tuvo que salir al paso de forma rotunda ante las críticas que recibía por su terca renuencia a la admisión de tecnicismos. En el prólogo al *DRAE* de 1843 responde: «tales voces pertenecen a todos los idiomas y a ninguno de ellos», basaban afirmación tan rotunda en el principio de biunivocidad de la terminología científica. Por esta razón tradicionalmente los diccionarios generales han hecho caso omiso del vocabulario científico y técnico, esto es, de los llamados tecnicismos o voces diatécnicas, porque, al igual que los regionalismos, pertenecen a las variedades de la lengua y el objeto de sus desvelos e inquietudes —como acabamos de ver— no es otro que la lengua general, ejemplar o estándar. Si algún regionalismo andaluz o americano o algún término del Derecho o la Informática han calado en la mayoría de los hispanohablantes hasta el extremo de formar parte del común de los usuarios, aun siendo voces de especialidad, también lo serán del español general, por lo

³¹ El *Diccionario de la Real Academia Española (DRAE)* se publica por vez primera en 1780. La última edición (22.^a) corresponde al año 2001.

tanto regionalismos como *juerga* o *canoa* o tecnicismos como *escriturar* [una finca, una casa...] o *software* [para nuestro ordenador o computadora] deben figurar en el diccionario general.³²

La decisión no es tan fácil como aparentemente pueda parecer. La presencia de la ciencia, y con ello nuestro concepto del saber científico o del saber especializado, ha cambiado en la sociedad actual con respecto al pensamiento tradicional y decimonónico. Y esto ha sido así gracias, en primer lugar, a la internacionalización de la ciencia a comienzos del siglo XX; y después, gracias al interés que la sociedad en general muestra por los acontecimientos científicos, un interés que manifiesta muy a las claras la madurez cultural de buena parte de sus individuos. Hace tan sólo unas décadas era impensable que la prensa diaria estableciera secciones permanentes dedicadas al conocimiento especializado. Algunos periódicos, incluso, editan suplementos semanales dedicados al mundo de la ciencia. Y lo que es más esperanzador: cada día contamos con mayor número de revistas de divulgación científica, por lo tanto, dirigidas al lector no especializado, pero con capacidad suficiente para poder seguir y comprender el tipo de información que difunden.

El interés de la lexicografía por los tecnicismos está, por lo tanto, justificado sobradamente, no en vano el diccionario general y descriptivo, por su propia naturaleza, se constituye en el notario de su tiempo. Entradas como *ADN*, *cibernauta*, *dermatoheliosis*, *difusómetro*, *digitalizar*, *geociencia*, *nutracéutica*, *piconewton*, etc. no pueden ni deben faltar en un diccionario general y descriptivo redactado en el umbral del siglo XXI. Las razones que justifican este criterio las veremos de inmediato.

³² La lexicografía francesa de iniciativa privada, seguida en el siglo XIX por la española, aprovechó el principio académico sobre los tecnicismos para abundar en ellos y convertirlos en el reclamo publicitario que les permitiera contrarrestar la fuerza de los diccionarios oficiales.

3.2.1. El léxico especializado

Cuando hablamos del léxico general las cifras nos imponen respeto, cuando, por el contrario, lo hacemos del léxico de especialidad las cifras nos apabullan. El último diccionario académico (2001), por ejemplo, consta de 88 431 lemas o entradas, 161 962 acepciones y recoge 25 647 locuciones o expresiones fijas. Estas son las cifras del diccionario general por excelencia. El resto de los diccionarios de su tipo, *mutatis mutandis*, se mueve con cifras muy similares. Los diccionarios de uso, sin embargo, oscilan entre las 50 000 y las 60 000 entradas. Los escolares, en fin, entre 25 000 y 40 000. A poco que nos acerquemos al léxico de las lenguas de especialidad, las cifras que se manejan no dejarán de causarnos sorpresa y estupor a la vez. La clasificación de los distintos saberes, esto es, la clasificación de las ciencias, de las técnicas o artes y de los más diversos oficios, oscila entre 300 y 7 000 especialidades. Se habla, por ejemplo, de 300 000 términos para la Química, 80 000 para la Física y así sucesivamente. Si el léxico general, por tratarse de un conjunto de clases abiertas, es inabarcable para nuestra condición humana y ello, en parte, fue un factor determinante para la aparición del diccionario monolingüe; imaginemos las dificultades sin límites que encierra el léxico de especialidad en toda su extensión.

La normalización de la terminología científica ha sido uno de los proyectos más añorados desde la Edad Moderna. Los estudiosos de las ciencias naturales y experimentales, allá por los siglos XVII y XVIII, fueron los primeros en sentir la necesidad de unificar (normalizar) las designaciones de la realidad extralingüística para la exposición del conocimiento especializado: Linneo y Lavoisier, por ejemplo.

La internacionalización de la ciencia en el siglo XX ha propiciado, en este orden de cosas, la necesidad de esa misma unidad (normalización) en cualquier disciplina científica. Junto a la unidad se propone la correspondencia unívoca y biunívoca

de los términos.³³ En ambos casos, a mi entender, se trata de una situación difícil de alcanzar a pesar de los esfuerzos, pero muy significativamente porque la lengua de la ciencia se rige por los mismos patrones que la lengua general, su progenitora.

A las propuestas de la ciencia clásica sobre la normalización del conocimiento especializado con carácter internacional, se unieron los técnicos con el fin de normalizar las innovaciones industriales y tecnológicas.

Es cierto que la ciencia clásica se ha mostrado reticente a considerar científicas aquellas materias cuya aplicación es muy anterior a la delimitación de sus bases teóricas y del objeto de estudio. Conviene observar, no obstante, que tradicionalmente el conocimiento especializado no sólo ha englobado la ciencia y la tecnología, sino que además se contemplaba como ámbito especializado el de los oficios.

En tanto que el léxico científico y técnico es esencialmente de base griega y latina, con aportaciones del árabe;³⁴ las terminologías populares, es decir, las correspondientes a los oficios, presentan un marcado carácter patrimonial. Tras la internacionalización de la ciencia, la contribución del inglés al léxico científico-técnico es cuando menos indiscutible, en buena medida debido al peso decisivo de la investigación norteamericana.³⁵

³³ Esta fue la idea que alentó al fundador de la terminología moderna, Eugen Wüster, y la Escuela de Viena.

³⁴ No debemos olvidar que una parte de la terminología científica procede de las lenguas en cuyos países se desarrolló la investigación (cf. Gutiérrez, 1998: 42).

³⁵ En la producción científica anual, de acuerdo con los datos de 1997, el inglés ocupa el primer lugar con el 87%; el alemán, el segundo con el 1,58%; el francés, el tercero, con un 0,88%; el español, el cuarto, con el 0,46% y el italiano, el quinto, con el 0,19%. En las llamadas ciencias sociales, de acuerdo con los datos del mismo año, en inglés se publican el 74,57% de los estudios; en francés, el 16,89%; en alemán, el 3,14%; en italiano, el 1,98%, y en español, el 1,37% (cf. Quilis, 2002: 132).

3.2.2. El léxico especializado en la lengua general

Si acudimos a los orígenes de la lengua de la ciencia, podremos comprobar cómo la terminología científico-técnica, en su mayoría —y al igual que hoy la de los oficios—, fue en un principio bien paráfrasis bien creación o adaptación del llamado léxico patrimonial.³⁶ En realidad, el recurso de creación neológica más usual consistió en añadir un sema de especialización al conjunto de semas que identificaban la voz en la lengua general. La benéfica evolución de las lenguas hace el resto: la palabra en cuestión acaba especializándose y, en muchos casos, la regeneración permite sustituirla en la lengua estándar.

Es esto precisamente lo que nos plantea no pocas dificultades para delimitar con total seguridad las distintas zonas y niveles de especialización de los tecnicismos. Hasta ahora se manejan dos parámetros para las distintas unidades que conforman el vocabulario de las diferentes lenguas de especialidad: (a) según la distribución del léxico y (b) según el nivel de especialización. En el primero de los casos, se distinguen tres zonas de distribución para el léxico especializado: (1) zona de ultraespecialización, (2) zona media de especialización y (3) zona de transición entre la especialización y la lengua general (Rondeau, 1981: 23-25). Si atendemos ahora al nivel de especialización, esto es, al usuario, hablamos de (1) grado elevado de especialización, como la lingüística o la física, (2) grado intermedio de especialización, como el derecho y (3) grado menor de especialización, como la agricultura (cf. Ahumada, 2001: 19).

Nos interesa ahora sólo la zona de transición entre la lengua de especialidad y la lengua general combinada con el grado de especialización del usuario. Pretendo que veamos —para termi-

³⁶ La *glándula submaxilar*, por ejemplo, hasta en tanto nace el término especializado, se expresaba como ‘bulto como bellota que está debajo de la mandíbula’ (apud Gutiérrez, 1998: 42, quien, además, recoge ejemplos a partir de mecanismos analógicos: *peroné*, *tráquea*, *bootes*, *cometa*, etc.).

nar— la forma en la que penetran los tecnicismos en la lengua general. Para ello acudo a la prensa diaria, ni siquiera a una revista de divulgación científica. El mayor juego, como es evidente, nos lo proporcionará, junto al derecho, la medicina.

Los textos que nos ocupan son como siguen:³⁷

Peeling para el rejuvenecimiento facial. El peeling consiste en provocar, mediante la utilización de un agente químico, una exfoliación epidérmica acelerada que arrastrará consigo las impurezas adheridas a la piel [...] Para la realización de un peeling superficial, se pueden utilizar diferentes agentes químicos, aunque el más común es el ácido glicólico. Con ello se propicia una descamación suave de la epidermis y se promueven cambios positivos en la piel de diversa índole, como la formación de nuevo colágeno y fibras propias de la piel. Está indicado en personas que sufren acné activo, secuelas de un acné o fotoenvejecimiento leve (*ABC*, 3/7/2004: 49).

Peeling y ácido glicólico carecen de registro en los diccionarios generales al uso. Independientemente de esto, para un buen número de lectores sería necesario recurrir al diccionario para conocer el significado de *exfoliación, colágeno y fotoenvejecimiento*.

El cuidado de los ojos ante el sol. La exposición ocular repetida o muy intensiva a los tipos A y B de radiación solar ultravioleta puede conducir a la aparición de alteraciones oculares de diverso grado, sobre todo a nivel de la superficie ocular, por estar directamente en contacto con el exterior. Entre los procesos agudos es frecuente la inflamación de la córnea y de la conjuntiva, que cursa con enrojecimiento ocular y sensación de cuerpo extraño. La exposición al sol mantenida y prolongada puede inducir lesiones degenerativas crónicas como el pterigion [sic] (palmera), la pinguécula y las cataratas. La observación directa del sol puede producir una quemadura en la retina (*ABC*, 3/7/2004: 48).

³⁷ Debo señalar, por su interés, que se trata de textos escogidos de los cada vez más abundantes artículos publicitarios sobre la salud.

Idéntica situación a la indicada para *peeling* y *ácido glicólico* presentan los dos tipos de *radiación solar ultravioleta*. Cada tipo, como es evidente, presentará diferencias notables —o al menos una notable diferencia de nocividad en el tipo B—, y en ambos casos, supuestamente, son desconocidas para el lector medio. *Palmera* se nos presenta como el término vulgar de *pterigión*, pero los diccionarios al uso no dan noticia de su significado. Y, por último, *pingüecula*.

El hablante abre sus oídos a aquellas voces que realmente despiertan su interés: *omega 3*, *triglicéridos*, *prebiótico*, *isoflavona*... Esta mínima muestra de voces de la ciencia mantiene, de momento, el estatuto de tecnicismos, pero son voces que cada día nos resultan más familiares, y como un miembro más de nuestra familia léxica requieren nuestra atención. En primera instancia lo hacemos por cortesía, después, por naturales afectos, y, por último, acabamos prohibiéndolas. Sin lugar a dudas este fenómeno enriquece nuestra competencia lingüística y nos ayuda a comprender los mecanismos de nuestra lengua para aprehender la realidad que nos rodea. En este caso se trata del saber científico, de los conocimientos.³⁸

Veamos un último ejemplo sin abandonar el campo que más atención y cultivo recibe. Me refiero al éxito del anglicismo *bypass* ‘conexión entre dos puntos’. En la lengua original es pleno tecnicismo: en la ingeniería significa ‘carretera de circunvalación’, en el vasto campo de la tecnología ‘tubo de desviación’ y en electricidad ‘derivación’. En nuestra lengua, según la documentación disponible, dio sus primeros pasos en la década de los ochenta como término de la medicina, pasó después a la ingeniería de caminos y se emplea, además, en las obras

³⁸ En general, las actividades científicas y técnicas que más directamente afectan al individuo son las que generan un mayor número de voces en la lengua general. Me refiero a términos de la economía (*euribor*, *franquicia*, *opa*...), de la informática (*chat*, *chatear*, *driver*, *hardware*, *software*...), del deporte, etc., etc.

hidráulicas (cf. Seco/Andrés/Ramos, 1999: s. v.). En todos los casos su significado es ‘conexión entre dos puntos’, esto es, *punte*. Nos encontramos, pues, ante un neologismo —ya no lo es tanto— y un tecnicismo innecesarios.

Es evidente que no todos los tecnicismos tienen cabida en las columnas de un diccionario general, porque, en sentido amplio, el diccionario general se entiende no como el inventario exhaustivo de nuestro léxico, sino como el repertorio que representa el modelo más general de una lengua. Las cifras que se manejan, según acabamos de ver, en las llamadas lenguas de especialidad son lo suficientemente elocuentes como para obligarnos a una «selección natural». ¿Cuál es el criterio, pues, que fija el número de tecnicismos y el número de las diferentes lenguas de especialidad que han de pasar al diccionario general? El criterio más generalizado se fija a partir de los tecnicismos que se recogen en un texto de bachillerato, puesto que se trata del nivel de formación idóneo de un individuo culto no especializado. Sin embargo el interés de la sociedad actual por la ciencia y sus aplicaciones —como nos muestran las secciones permanentes de los grandes diarios y el notable aumento de las revistas de divulgación científica— sobrepasa con creces tanto los conocimientos generales que proporciona el bachillerato como la formación científica de las distintas disciplinas que en él puedan seguirse. Al criterio de los textos de bachillerato se ha sumado, en los últimos años, la selección de los tecnicismos que nos proporcionan los textos de divulgación científica. A la proporcionalidad y coherencia terminológicas que representa un texto de bachillerato, hemos sumado, por tanto, los tecnicismos de aquellos aspectos de la ciencia que, bien por su desarrollo bien por su interés general, llenan las páginas de los diarios y revistas. Esto supone, como es evidente, una falta de proporcionalidad y coherencia terminológicas, más no pocos desajustes, entre las distintas lenguas de especialidad. La lexicografía justifica el criterio que aplica porque entiende el diccionario general como expresión

de la madurez cultural de un pueblo y como notario fiel de la lengua de su tiempo. Es por ello por lo que un diccionario general de principios del siglo XXI ha de incluir, por ejemplo, junto al tradicional *ácido desoxirribonucléico*, *ADN*. Una sola razón avala su inclusión: *ADN* ha sido la forma que más se ha empleado en la prensa durante los años en que se ha ocupado del proyecto *Genoma humano*. Y junto a *ADN*, un diccionario general y descriptivo de principios del siglo XXI ha de contemplar *omega 3*, *triglicéridos*, *prebiótico*, *isoflavona...* y tantos tecnicismos más que, por las más diversas razones, han sido moneda de circulación en la sociedad de su tiempo.

4. CONCLUSIÓN

Miguel de Cervantes era un hombre del siglo XVI, un espíritu empapado de humanismo, y hasta de erasmismo —según algunos—. El ideal de lengua general —que es aquella que pretende recoger el diccionario general— nos lo ofrece por boca de aquel clérigo, estudiante o licenciado cuando, de camino a las bodas de Quiteria la Hermosa y Camacho el Rico, encuentra a don Quijote y Sancho. A pesar de su extensión, quiero que recordemos el texto sin que perdamos un ápice de su unidad. Se conjuga en el mismo la lengua popular de Sancho, la corrección de don Quijote y el equilibrio del licenciado:

Poco trecho se había alongado Don Quijote [...], cuando encontró con dos como clérigos o como estudiantes y con dos labradores [...]

—¡Oh! Pues si no me entienden —respondió Sancho—, no es maravilla que mis sentencias sean tenidas por disparates. Pero no importa: yo me entiendo, y sé que no he dicho muchas necedades en lo que he dicho; sino que vuesa merced, señor mío, siempre es friscal de mis dichos, y aun de mis hechos.

—*Fiscal* has de decir —dijo don Quijote—; que no *friscal*, prevaricador del buen lenguaje, que Dios te confunda.

—No se apunte vuestra merced conmigo —respondió Sancho—, pues sabe que no me he criado en la Corte, ni he estudiado en Salamanca, para saber si añadido o quito alguna letra a mis vocablos. Sí, que ¡Válgame Dios! No hay para qué obligar al sayagués a que hable como el toledano, y toledanos puede haber que no las corten en el aire en eso de hablar polido.

—Así es —dijo el licenciado—; porque no pueden hablar tan bien los que se crían en las Tenerías y en Zocodover como los que se pasean casi todo el día por el claustro de la Iglesia Mayor, y todos son toledanos. El lenguaje puro, el propio, el elegante y claro está en los discretos cortesanos, aunque hayan nacido en Majalahonda; dije *discretos* porque hay muchos que no lo son, y la discreción es la gramática del buen lenguaje, que se acompaña con el uso. Yo, señores, por mis pecados, he estudiado Cánones en Salamanca y pícome algún tanto de decir mi razón con palabras claras, llanas y significantes (Cervantes, [1615] 1969, II.19: 18-20).

Hemos de acudir de nuevo a Cervantes —quien no viene a autorizar mis palabras por casualidad sino por devoción— para conocer cuáles son los principios básicos de la discreción: *Tres cosas hacen a los hombres discretos: letras, edad y camino*. En nada se vuelven desdeñables las enseñanzas del mejor escritor de todos los tiempos. Las *letras* son el amor por la sabiduría, la *edad* es el juicio que otorga esa sabiduría y el *camino*, la universidad de la vida. Sabiduría y juicio procuramos otorgarlos desde la cátedra, el camino, aunque muchas veces nos parezca que lo hacemos en radical soledad, lo custodia, siempre que sepamos empaparnos del espíritu universitario, el alma máter.

Excmo. Sr. Rector:

Desde el momento mismo en que Vuestra Magnífica Excelencia me hizo la encomienda de dictar esta primera lección, reconocí el honor que me hacíais. He acudido a explicar lo que mi discreción ha estimado más oportuno para la ocasión. Deseo haceros saber que en mi dictado no he perseguido otro beneficio que la bondad de la palabra y el provecho de todos, pero muy especialmente el de los estudiantes que llegan hoy al Estudio, a nuestra Casa, a su Casa. Ellos, los estudiantes, un día más, con su asistencia y con su entusiasmo por la sabiduría, vuelven a ennoblecer este oficio, que es ciencia y es arte, pero que al fin al cabo es el oficio de enseñar.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AHUMADA, Ignacio (2000a): «Presentación», en I. Ahumada (ed.), *Cinco siglos de lexicografía del español*, Jaén, Servicio de Publicaciones de la Universidad, pp. IX-XXI.
- (2000b): «Diccionarios de especialidad de los siglos XVIII, XIX y XX», en I. Ahumada (ed.), *Cinco siglos de lexicografía del español*, Jaén, Servicio de Publicaciones de la Universidad, pp. 79-102.
- (2001): «Terminologías en los diccionarios generales: problemas en la definición de los adjetivos», en J. DeCesaris i V. Alsina, *Estudis de lexicografia*, Barcelona, Institut Universitari de Lingüística Aplicada-Universitat Pompeu Fabra, pp. 17-28.
- (2003): «Las citas literarias de los andalucismos en el primer diccionario académico (1726-39)», en J.-L. Girón Alconchel, F.-J. Herrero Ruiz de Loizaga, S. Iglesias Recuero y A. Narbona Jiménez (eds.), *Estudios ofrecidos al profesor José Jesús de Bustos Tovar*, I, Madrid, Editorial Complutense, pp. 457-463.
- ALVAR, Manuel (1992): «Cronistas de Indias», en C. Hernández Alonso (coord.), *Historia y presente del español de América*, Valladolid, Junta de Castilla y León, pp. 25-62.
- ALVAR EZQUERRA, Manuel (1993): «Los diccionarios ideológicos del español», en *Lexicografía descriptiva*, Barcelona, Vox, pp. 289-301.
- BOISSON, Claude, Pablo KIRTCHUK y Henri BÉJOINT, (1991): «Aux origines de la lexicographie: les premiers dictionnaires monolingues et bilingues», en *International Journal of Lexicography*, 4/4, pp. 261-315.

- CERVANTES, Miguel de ([1615] 1969): *Don Quijote de la Mancha*, 8 vols., ed. de F. Rodríguez Marín, Madrid, Espasa Calpe.
- CHERCHI, Paolo (1993): «Enciclopedias y organización del saber de la Antigüedad al Renacimiento», en E. Rodríguez Cuadros, *De las Academias a la Enciclopedia: del discurso del saber en la modernidad*, València, Edicions Alfons el Magnànim, pp. 69-94.
- CODONER, Carmen (2002): *Introducción al Libro X de las Etymologiae. Su lugar dentro de esta obra, su valor como diccionario*, Logroño, Fundación San Millán de la Cogolla.
- DÍAZ Y DÍAZ, Manuel C. (2000): «Introducción general», en San Isidoro de Sevilla, *Etimologías*, ed. bilingüe preparada por J. Oroz Reta y M.-A. Marcos Casquero, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, pp. 3-257.
- CUTANDA, Francisco (1869): *Discurso de —, individuo de número de la Academia Española, leído ante esta corporación en la sesión pública inaugural de 1869* [Estudio sobre la posibilidad y la utilidad de clasificar metódicamente las palabras de un idioma; preliminares para la ejecución de este pensamiento; y observaciones concretas a la clasificación de los verbos radicales castellanos], Madrid, Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra.
- FERNÁNDEZ DE ENCISO, Martín ([1519] 1974): *Suma de geografía que trata de todas las partidas y provincias del mundo*, Bogotá, Biblioteca Banco Popular.
- FOUCAULT, Michel ([1966] 1999): *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, Madrid, Siglo Veintiuno de España editores.
- GANGUTIA, Elvira (2002): *Los orígenes de la lexicografía europea en los diccionarios griegos y latinos*, 25-29 de noviembre de 2002, Madrid, Centro de Humanidades del C.S.I.C.
- GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel (1975): *Cien años de soledad*, Barcelona, Plaza & Janés.
- GARCÍA TURZA, Claudio y Javier (1997): *Fuentes españolas alto-medievales, El códice 46 de la Real Academia de la Historia, primer diccionario enciclopédico de la Península Ibérica*, Madrid, Fundación Caja Rioja / R.A.H.
- GUTIÉRREZ RODILLA, Bertha (1999): *La ciencia empieza en la palabra. Análisis e historia del lenguaje científico*, Barcelona, Ediciones Península.

- HOOF, H. van (1994): *Petite histoire des dictionnaires*, Peeters, Louvain-La-Neuve.
- ISIDORO DE SEVILLA ([600-630] 2000): *Etimologías*, ed. bilingüe preparada por J. Oroz Reta y Manuel-A. Marcos Casquero, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos.
- LINDBERG, David C. (2002): *Los inicios de la ciencia occidental. La tradición científica europea en el contexto filosófico, religioso e institucional (desde el 600 a. C. hasta 1450)*, Barcelona, Paidós.
- MANCHO DUQUE, M.^a-J. (2001): «La lengua española vehículo de divulgación científica en el Renacimiento», en M.^a-J. Mancho Duque (ed.) y C. Blas Nistal (coord.): *Pórtico a la ciencia y a la técnica del Renacimiento*, Salamanca, Junta de Castilla y León-Universidad de Salamanca, pp. 45-98.
- MORENO DE ALBA, José G. (2000): *El español en América*, México, Fondo de Cultura Económica.
- QUEMADA, Bernard y Jean PRUVOST (eds.) (1998): *Le Dictionnaire de l'Académie française et la lexicographie institutionnelle européenne. Actes du colloque international 17, 18 et 19 de novembre 1994*, Paris, Honoré Champion.
- QUILIS, Antonio (2002): *La lengua española en el mundo*, Valladolid, Secretariado de Publicaciones e Intercambio Editorial-Universidad de Valladolid.
- REY, Alain (1977), *Le lexique: images et modèles. Du dictionnaire à la lexicologie*, Librairie Armand Colin, Paris.
- RONDEAU, Guy (1981): *Introduction à la terminologie*, Chincoutimi, Gaëtan Morin éditeur.
- SECO, Manuel, Olimpia ANDRÉS y Gabino RAMOS (1999): *Diccionario del español actual*, Madrid, Aguilar Lexicografía.
- WRIGHT, Roger (2002): «Léxico romance en los glosarios de San Millán», en M.^a-T. Echenique Elizondo y J. Sánchez Méndez (eds.), *Actas del V Congreso Internacional de la Lengua Española, Valencia, 31 de enero-4 de febrero de 2000*, II, Madrid, Gredos, pp. 2421-2426.

ÍNDICE

Exordio	7
1. El hombre y el mundo sensible	11
2. Ordenar el ego y ordenar la realidad	15
2.1. El orden interno de diccionarios y enciclopedias	21
2.1.1. El orden analógico	21
2.1.2. El orden alfabético	25
3. La lengua general y la lengua de la ciencia	41
3.1. La lengua general y el diccionario	42
3.2. La lengua de la ciencia y el diccionario	46
3.2.1. El léxico especializado	48
3.2.2. El léxico especializado en la lengua general	50
4. Conclusión	55
Referencias bibliográficas	57

Acabose de imprimir esta *Lección Inaugural*
en la ciudad de Torredonjimeno,
del antiguo reino de Jaén,
en los talleres de Gráficas La Paz,
durante el equinoccio septembrino,
bajo la protección de Eusebius Hieronymus,
discípulo de Donato, traductor insigne
y patrono de los eruditos.

Año 2004.

Laus Deo



Servicio de Publicaciones